



“NI SITIO DONDE LLORAR”

La amenaza de guerra atómica dejó de atemorizar a la Humanidad gracias al corresponsal en Burgos del semanario «Noticiones».

A Pepe Pérez, el citado corresponsal, le extrañó, como a cada hijo de vecino, pero un poco más, que el Gobierno nombrara a don Santiago Bernabeu Secretario General de la Comisión Interministerial de Energía Atómica. Luego tuvo conocimiento de que Mr. Paul Stormovik, autoridad internacional en la materia, se disponía a visitar Burgos con el fin de admirar debidamente el Papamoscas, y se las ingenió para conseguir una entrevista con el referido sabio en un típico restaurante. La broma le costó cuatrocientas pesetas, pero consiguió emborrachar debidamente al científico y obtener de sus labios babeantes la sensacional información que debía contribuir como ninguna otra a que la Historia de la Humanidad siguiera discurriendo por los senderos trillados de cañonazo y tente tieso. Porque Pepe Pérez averiguó:

1.º Que el sensacional asunto de las fugas atómicas era un tongo como una casa.

2.º Que la fórmula de la desintegración del átomo era ligeramente, pero sólo ligeramente más complicada que pi erre dos, y

3.º Que el uranio y el plutonio se adquirirían a precio exorbitante, pero con relativa facilidad en ciertos clubs nocturnos tangerinos.

Cuando «Noticiones» hubo dado conocimiento de que las fugas atómicas a través del telón de acero se verificaban mediante el sistema de traspaso y ficha, la Administración del semanario remitió a Pepe Pérez cuarenta pesetas, como pago de su colaboración en el número 236; pero la Administración de Correos de Burgos no pudo hacer efectivo el pago porque el destinatario, convenientemente asesinado y envuelto en un saco, yacía a la sazón en el fondo del Pisuerga. Dos años después, Yugoslavia, Polonia, Bulgaria y Rumania —completamente independizadas a la sazón de la férula de Moscú— hacían estallar bombas atómicas como quien asa castañas; las Potencias Gordas decidieron entonces que ya era hora de limitar la carrera de armamentos nucleares, y Rusia y Norteamérica se pusieron de acuerdo para prohibirlos, a fin de que siguiera ganando las guerras el Estado que acudiera al terreno de juego con mayor cantidad de hombres y de elementos, que era lo bonito y lo que había ocurrido siempre. Las armas

nucleares cayeron en un desprestigio afrentoso, y sólo las siguieron usando, a partir de aquella fecha, los rebeldes cubanos, que —todavía— luchaban contra el todavía presidente Batista; los terroristas argelinos, los irredentistas irlandeses y pocos más grupos revolucionarios de igualmente escasa significación política. En el corazón de Kenia, los Mau-maus lograban a muy poca costa fabricar bombas, si no de hidrógeno, sí de acetileno, que es muy parecido, en una factoría en la que, convenientemente tratado con agua oxigenada, se desintegraba el carburo que era una bendición...

Las consecuencias del descubrimiento de Pepe Pérez fueron incalculables: los Estados tuvieron que desti-

nar —de verdad— la energía nuclear para usos pacíficos, y las amas de casa de 1972 se volvían locas —como otrora por los de petróleo— por los infiernillos atómicos, que cocían un cocido en veinticinco segundos y con los que se conseguía un puré de madera de pino que sabía a Avecrem que daba gloria. De cuando en cuando, una atropellaplatos hacía estallar su infiernillo atómico, pero los referidos accidentes, sobre ser raros, ofrecían la ventaja de que el viudo no tenía que llorar después sobre el cadáver porque no quedaban ni viudo ni cadáver. Ni sitio donde llorar.

PEPE PE



UNA NOVELA DE AMBIENTE TOLEDANO

Cuando un toledano como yo se pasa la vida haciendo versos, y de pronto le dicen que su obra es representativa, uno siente un extraño remordimiento. Y si él que lo dice no sólo lo siente, sino que te proclama en forma de símbolo para los mundos, y éstos vienen a buscarte a casa como enviadas de las estrellas, entonces nos obliga a demostrarlo. Pero, ¡ay!, ¿y si lo que preconiza no fuera verdad?

Afortunadamente para Toledo —y sobre todo en cuanto a mí respecta— esto no pasa de ser una reflexión a que me ha conducido la novela de Roberto Otaegui, «DONDE SE PONE EL SOL», que conoce nuestra ciudad en la más exaltada realidad histórica asociada con el edificio humano desde sus más profundos cimientos.

Esta obra, tan sembrada de detalles como en sensaciones, hace vivir al lector la emotiva arboladura que el autor mueve en sus páginas con alma suave y corazón firme.

Uno sospecha siempre de los libros bien editados, poco fáciles de adquirir pero sugestivos y muy a propósito para decorar esa parte del hogar que tanto gusta mostrar a las amas de casa. Y si uno se encuentra con el envío amable y desinteresado, le produce desconfianza, un cierto escepticismo instintivo. Sin embargo, Roberto Otaegui me obsequia con el más elocuente mentir: «Donde se pone el sol», volumen de la colección «Los grandes novelistas de nuestro tiempo», de la Editorial Colenda, respaldado por el premio «Pedro Antonio de Alarcón», conseguido el pasado año.

Esta novela es auténticamente toledana, escrita frente a un paisaje del Renacimiento. La palabra Toledo, con sus calles y lugares, tiene una especial sonoridad en la pluma de este escritor chileno, que sabe del ambiente y de la luz como un hermano nuestro. Su personaje central —Gonzalo Pérez de Alcocer— es un niño a quien las disparidades de sus padres le obligan a pensar prematuramente en su porvenir. Las primeras experiencias de muchacho las vive durante la guerra de las Comunidades.

Él indica el camino por donde ha de huir doña María de Pacheco. Una desgraciada situación, ya, en su juventud, y cuando su vocación estaba definida por la carrera de las armas, hace que Gonzalo tenga que partir para Nápoles, adonde los hechos heroicos y las aventuras amorosas se mezclan en la vida del toledano y le revisten de honores y celebridad, cosa poco tranquilizadora para los ineptos acomodados: «Y el hidalgo de Guadamur, alférez de Nápoles, galeote, buscador de oro, oficial de Alvarado —en América— penetra en aquel fabuloso mundo de su destino. Está endurecido, pero con la dureza flexible que tienen las hojas de espada que se baten en las fraguas de su natal Toledo, porque Italia ha impreso en él las virtudes castrenses y la habilidad política y el trópico la voluntad inflexible y el desprecio por los sufrimientos».

«DONDE SE PONE EL SOL» es una novela de excepcional rango literario, cuya trama mantiene siempre el interés in crescendo, donde el autor ha sabido hermanar lo real, lo poético y lo histórico.

Juan Antonio VILLACAÑAS